

YUB. Efectivamente, hace quince años que tengo la honra de ser vuestro colaborador.

LUC. Pues bien; mi antiguo amigo y cómplice, ¿no empiezas á sentir la necesidad de cambiar de vida? ¿No darías todo lo que posees porque nos bendijeran á tí y á mí tanto como nos han maldecido? ¿No te hastía ya tanto crimen?

YUB. Veo que lleváis camino de llegar á ser una alteza virtuosa.

LUC. ¿Pero no te pesa la celebridad que nos rodea á los dos?

YUB. No. Cuando paso por las calles de Espoleto oigo á algunos canallas que murmuran al verme pasar: Ahí vá Yubeta, esto es, el puñal, el veneno y la picota; pero yo les oigo como quien oye llover. Me he acostumbrado á mi mala reputación, como los soldados del Papa á ayudar á misa.

LUC. ¿Pero no conoces que el menosprecio, el odio y la animadversión con que nos tratan podría llegar á contaminar el corazón que tú desearas que te quisiera? ¿No amas á nadie en el mundo, Yubeta?

YUB. Qué acaso, señora, vos amais?

LUC. Tú qué sabes! Siempre he sido franca contigo, y no voy á hablarte de mi padre, de mi hermano ni de mi marido; no voy á hablarte tampoco de ninguno de mis amantes...

YUB. Pues yo no sé que se pueda amar más que de esos modos.

LUC. Hay un amor más tierno y más imperioso que esos amores.

YUB. Como no lleguéis á ser virtuosa por amor á Dios...

LUC. Si existiese hoy en Italia un corazón noble y puro, un corazón de ángel oculto bajo la coraza del soldado; si solo me quedase, desdichada mujer que abominan y maldicen los hombres y que condena el cielo, si solo me quedase como apoyo único la esperanza halagüeña de merecer y de conseguir antes de mi muerte un sitio en dicho corazón altivo y generoso, ¿extrañarías, Yubeta, que me apresurase á enmendar mi pasado, á lavar los borrones de mi ínicua fama, y á trocar por una idea de gloria, de penitencia y de virtud, la idea infame y sanguinaria que en Italia despierta mi nombre?

YUB. Acaso sentís remordimientos?

LUC. Hace ya tiempo que lucho con estas ideas, aunque nunca te lo he revelado. Cuando nos arrastra la corriente del crimen, no podemos detenernos cuan-

do queremos. El ángel bueno y el ángel malo luchan por enseñorearse de mí... Creo que vencerá el primero.

YUB. Entonces, ¡*Te Deum laudamus magnificat anima mea dominum!* ¿Sabeis, señora, que no os comprendo y que hace algún tiempo que sois indescifrable para mí? El mes pasado os decidisteis á marchar á Espoleto, os despedís de monseñor Alfonso de Este, vuestro esposo, que es un buen hombre y que está enamorado de vos como un tórtolo y celoso como un tigre; salimos de Ferrara y nos dirigimos secretamente á Venecia, casi los dos solos, vos con un falso título napolitano y yo con un falso título español. En cuanto llegamos á Venecia, vuestra alteza se separa de mí, mandándome que no la conozca. Os dedicáis á correr todas las tertulias y diversiones, aprovechándoos de ser Carnaval para ir siempre enmascarada y que nadie os conozca: solo me habláis un momento de noche y de paso, y toda esta mojiganga viene á parar en predicarme un sermón. Habéis metamorfoseado vuestro nombre y vuestro traje, y ahora quereis metamorfosear el alma; esto es ya llevar demasiado lejos el Carnaval. No os puedo comprender. ¿Qué causa en vuestra alteza este cambio de conducta?

LUC. (Cogiéndole con fuerza del brazo y acercándole á donde está GENARO dormido.) Ves ese jóven?

YUB. No me es desconocido, y sé también que correis tras él enmascarada desde que entramos en Venecia.

LUC. Qué te parece ese jóven?

YUB. Que es un jóven que duerme profundamente acostado en un banco, y que se hubiera dormido de pié si hubiera participado de la conversacion moral y edificante que acabo de tener con vuestra alteza.

LUC. Verdad que es hermoso?

YUB. Más hermoso sería si no tuviera los ojos cerrados, porque una cara sin ojos es como un palacio sin ventanas.

LUC. Si supieras cuánto le quiero!

YUB. Eso es cuenta de vuestro real marido, el duque de Ferrara; pero debo advertir á vuestra alteza que está perdiendo el tiempo. Se dice que ese jóven está enamorado de una hermosa doncella que se llama Fiameta.

LUC. Y ella le corresponde?

YUB. Me han asegurado que sí.

LUC. Tanto mejor; deseo que sea feliz.

YUB. Extraño vuestro modo de ver las cosas; antes érais muy celosa.

LUC. (Contemplando á GENARO.) ¡Qué fisonomía tan hermosa y tan noble!

YUB. Se me antoja que se parece á...

LUC. No me digas á quién se parece y déjame.

Váse YUBETA. LUCRECIA permanece un instante en éxtasis ante GENARO, sin apercibirse de que han entrado dos hombres enmascarados que la observan desde el fondo.

LUC. Es él, y al fin puedo verle un instante sin peligro. En mis sueños no le podía desear más hermoso. ¡Dios mío, presérvame de la agonía de que me ódie ó de que me desprecie! ¡Es lo único que amo en el mundo! No me atrevo á quitarme la mascarilla, y tengo, sin embargo, que enjugarme las lágrimas.

Se quita el antifaz para secarse los ojos. Los dos hombres enmascarados hablan en voz baja, mientras ella vuelve á sumirse en la muda contemplación de GENARO.

HOMBRE 1.º Con esto me basta y ya puedo regresar á Ferrara. Solo vine á Venecia para asegurarme de su infidelidad... y ya he visto bastante. No puedo estar ausente de Ferrara mucho tiempo. Ese jóven es su amante. ¿Cómo se llama, Rustiguelo?

HOM. 2.º Se llama Genaro. Es un capitán de aventureros, un bravo, que no ha conocido padre ni madre; en estos momentos está al servicio de la República de Venecia.

HOM. 1.º Arréglate de modo que vengas á Ferrara.

HOM. 2.º Así lo hará, monseñor, sin que yo ponga nada de mi parte. Pasado mañana irá á vuestra corte con otros amigos suyos, agregados á los embajadores Tiópolo y Grimani.

HOM. 1.º Me alegro. Las noticias que yo tenía eran exactas. Bastante hemos visto y vámonos á Ferrara. (Vánse.)

LUC. (Juntando las manos y casi arrodillada ante GENARO.) ¡Dios mío, que sea tan feliz como yo he sido desdichada!...

Deposita un beso en la frente de GENARO, que se despierta sobresaltado.

GEN. Un beso! Una mujer!—Os juro, señora, que si fuérais reina y yo fuera poeta, hubiérais copiado la aventura de Alain-Chartier, el versificador francés; pero aquí no cabe copia, porque ignoro lo que vos sois, y yo solo soy un soldado.

Echándole los brazos á LUCRECIA.

LUC. Soltadme por Dios, Genaro!

GEN. Eso no; he de saber...

LUC. Viene gente.

Huye LUCRECIA; GENARO la sigue.

ESCENA III.

JACOBO, despues MAFEO.

JAC. No hay duda! No hay duda! Es ella. Está en Venecia.—Mafeo...

Al verle entrar.

MAF. Qué quieres?

JAC. Referirte un extraño encuentro que acabo de tener.

Le habla al oído un instante.

MAF. Estás seguro?

JAC. Segurísimo.

MAF. ¿Y estaba galanteando con Genaro?

JAC. Sí.

MAF. Pues es preciso librar á Genaro de sus redes.

JAC. Vamos á avisar á los amigos.

Vánse. Durante algún tiempo la escena permanece sola. De vez en cuando se ven cruzar algunas góndolas. Entran GENARO y LUCRECIA enmascarada.

ESCENA IV.

GENARO y LUCRECIA.

LUC. El jardín está desierto y oscuro. Puedo quitarme la mascarilla. Deseo que me conozcáis, Genaro. (Se quita el antifaz.)

GEN. Sois hermosísima!

LUC. Mirame bien, Genaro, y dime si te causo horror.

GEN. ¡Por qué me hablais de causar horror! Al contrario, siento en el fondo del corazón algo que me atrae hácia vos.

LUC. ¿Luego crees que me podrás amar?

GEN. Por qué no? Como soy sincero, os debo confesar que hay en el mundo una mujer á quien querré más que á vos.

LUC. A Fiameta, ya lo sé.

GEN. Os equivocáis.

LUC. Pues á quién?

GEN. A mi madre.

LUC. ¡Conque tanto quieres á tu madre!

GEN. La quiero sin haberla visto nunca. ¿Verdad que esto os parece singular? No sé por qué me siento inclinado á confiaros un secreto que no he revelado á nadie, ni á mi compañero de armas Mafeo Orsini. Es extraño entregarse de este modo á la mujer que se vé por primera vez, pero no sé por qué, creo que os he visto otras veces. Soy un capi-

tan de aventurerós que nunca he conocido á mi familia. Hasta la edad de diez y seis años creia ser hijo de un pescador de Calabria, en cuya casa me crié; pero cuando cumplí esa edad, el pescador me confesó que no era mi padre. Poco tiempo despues se presentó allí un personaje que me armó caballero, y que se fué sin descubrirse y sin levantar siquiera la visera del almete. Más tarde llegó otro hombre vestido de negro á traerme una carta. La abrí y ví que era de mi madre, de mi madre á quien yo no conocia; de mi madre, á quien me imaginaba buena, cariñosa y bella como vos; de mi madre, á quien adoraba con todo el cariño de mi alma. Esa carta me hizo saber, sin revelarme mi nombre ni mi apellido, que yo era de noble linaje y de alta raza y que mi madre era muy infeliz. ¡Pobre madre mia!

LUC. Sigue, Genaro.

GEN. Desde ese dia me dediqué á ser aventurero, porque siendo algo por mi nacimiento, queria ser tambien algo por medio de la espada, y recorrí toda la Italia. Pero el primer dia de cada mes, en cualquier parte que me encuentre, se me presenta siempre el mismo mensajero. Me entrega una carta de mi madre, recibe mi respuesta y se vá; nada me dice ni yo le digo... parece que sea sordo y mudo.

LUC. ¿De modo que no sabes nada de tu familia?

GEN. Solo sé que tengo madre y que es desgraciada y que daría mi vida por verla llorar y mi eternidad por verla sonreír. Esto es todo lo que sé.

LUC. Guardas sus cartas?

GEN. Las llevo siempre conmigo, sobre el corazon. Nosotros, gente de guerra, arriesgamos continuamente el pecho á las espadas enemigas, y las cartas de una madre son una buena coraza para preservarle.

LUC. Eres tan noble como hermoso!

GEN. Quereis ver cómo escribe? Hé aquí una de sus cartas. (Saca una del pecho, y despues de besarla, se la entrega á LUCRECIA.) Leedla.

LUC. (Leyendo.) "No te empeñes en conocerme, Genaro mio, antes del dia que yo te designe. Ten lástima de mí, que estoy rodeada de parientes desapiadados, que te matarian como asesinaron á tu padre. Solo yo debo saber el secreto de tu nacimiento. Si tú le conocieras, siendo como es tan infausto y tan ilustre, no podrias callártelo; la juventud es confiada, y tú ignoras los peligros que te rodean; querrias afrontarlos con todo el

empuje de la juventud, revelarías tu nacimiento ó dejarías que lo adivinasen, y tú no vivirías dos dias quizás. Conténtate con saber que tienes una madre que te adora y que vela por tu vida de dia y de noche. Hijo mio, tú eres lo único que amo en el mundo, y mi corazon se destroza cuando pienso en tí."

Las lágrimas no la dejan continuar.

GEN. Con qué ternura sabeis leer! Parece que esteis declamando!... ¡Estais llorando! ¡No sabeis cuánto agradezco esa ternura!

Recoge la carta y la guarda en el pecho, despues de besarla.

Tengo entendido que el crimen rodeó mi cuna... por eso podeis comprender, señora, que no me han de llamar la atencion galanteos ni amoríos, porque mi pensamiento se concentra en una idea fija; la de libertar á mi madre, la de servirla, la de vengarla y la de ser su consuelo. No deseo otra felicidad. Cuanto hago es por ser digno de ella. Hay aventureros sin escrúpulo, que lo mismo pelean en favor del diablo que en favor de Dios; pero yo solo defiendo las causas justas. Quiero depositar un dia á los piés de mi madre mi espada sin mancilla y noble como la de un emperador. No hace mucho he rechazado la gran asignacion que me ofrecian por servir á la infame Lucrecia Borgia.

LUC. Genaro! Genaro! ¡Ten compasion de los malvados! No sabes tú los tormentos que sufren.

GEN. No puedo tener compasion de los que no compadecen á nadie. Ahora que ya sabeis quién soy, enteradme de quién sois vos.

LUC. Una mujer que te quiere, Genaro.

GEN. Cómo os llamais?

LUC. No me preguntes más.

ESCENA V.

Dichos, MAFEO, JACOBO, ASCANIO, LUDOVICO, APÓSTOLO, damas y pajes con antorchas.

LUCRECIA se pone el antifaz.

MAF. (Con una antorcha en la mano.) Genaro, ¿quieres saber quién es la mujer que estás galanteando?

LUC. (Qué oigo!)

GEN. Amigos míos sois todos; pero juro que si alguno toca la máscara de esta mujer, se ha de arrepentir. El antifaz de la mujer debe ser tan sagrado como el rostro del hombre.

MAF. Tienes razon, cuando la mujer

ACTO SEGUNDO

Una plaza en Ferrara.—A la derecha el palacio ducal, con celosías en el balcon y una puerta baja. Debajo del balcon hay un gran escudo de piedra blasonado, que contiene esta palabra, escrita en letras gruesas y salientes de cobre dorado: «BORGIA.» A la izquierda una casa pequeña con puerta que dá á la plaza. En el fondo casas y campanarios.

ESCENA PRIMERA.

LUCRECIA y YUBETA.

LUC. ¿Está todo preparado para esta noche?

YUB. Todo está dispuesto.

LUC. Vendrán los cinco?

YUB. Los cinco.

LUC. Me ultrajaron cruelmente!

YUB. Si yo hubiera estado allí!

LUC. No me tuvieron compasion!

YUB. ¿Pronunciaron vuestro nombre en voz alta?

LUC. No solo lo pronunciaron, sino que me escupieron en la cara.

YUB. En el baile!

LUC. Y delante de Genaro!

YUB. No sé cómo esos aturridos se atrevieron á salir de Venecia y á venir á Ferrara; verdad es que no podian hacer otra cosa, habiéndoles designado el Senado para acompañar á los embajadores.

LUC. ¿Genaro me desprecia ahora por culpa de ellos! Pero yo me vengaré.

YUB. Así me gusta oiros hablar. Gracias á Dios que ya no os asaltan ideas de misericordia y de perdon. Me encuentro más en mi centro cuando vuestra alteza piensa así; porque es preciso conocer que un lago es lo contrario de una isla; una torre, lo contrario de un pozo; un acueducto, lo contrario de un puente, y yo soy lo contrario de un hombre virtuoso.

LUC. Genaro ha venido con ellos; ten cuidado de que no sufra el menor daño.

YUB. Nada le sucederá.

LUC. ¡Cuánto daría por volverle á ver!

YUB. ¡Pero si vuestra alteza le vé todos los dias! Está alojado por disposicion vuestra en la casucha miserable que enfrenta con vuestros balcones, y vos, detrás de las celosías de palacio, podeis disfrutar la inefable dicha de verle entrar y salir.

LUC. Sí, pero quisiera hablar con él.

es mujer. No tratamos de insultarla; solo queremos decirle quiénes somos nosotros. (A LUCRECIA.) Yo soy Mafeo Orsini, hermano del duque de Gravina, al que vuestros satélites ahogaron de noche mientras dormia en su lecho.

JAC. (A LUCRECIA.) Yo soy Jacobo Libereto, sobrino de Libereto Viteli, al que hiciste matar á puñaladas en los subterráneos del Vaticano.

ASC. Yo soy Ascanio Petrucci, primo hermano de Pandolfo Petrucci, señor de Siena, asesinado por orden vuestra para apoderaros de su ciudad.

LUD. Yo soy Ludovico Vitelozo, sobrino de Diego Apiani, al que envenenasteis en una fiesta, despues de despojarle alevosamente de su castillo de Piombino.

APÓST. Hicisteis subir al cadalso á D. Francisco Gacella, tio materno de D. Alfonso de Aragon, vuestro tercer marido, al que vuestros alabarderos mataron en la meseta de la escalera de San Pedro. Yo soy Apóstolo Gacella, primo del uno é hijo del otro.

LUC. (Dios mio!)

GEN. Quién es esta mujer!...

MAF. Ahora que sabeis nuestros nombres, os vamos á decir el vuestro.

LUC. No, no, por compasion! ¡No lo digais delante de él!

MAF. (Arrancándole la careta.) ¡Fuera esa máscara! ¡A ver si sois capaz de sonrojarnos!

APÓST. Genaro, esta mujer que enamoras, es envenenadora y adúltera.

JAC. Ha recorrido todos los grados del incesto: fué incestuosa con sus dos hermanos, que se mataron por ella.

LUC. Tenedme compasion!...

ASC. Ha sido incestuosa con su padre, que es Papa.

LUC. Ah! (Tapándose la cara con las manos.)

LUD. Y hubiera sido incestuosa con sus hijos, si los hubiera tenido; pero el cielo se los niega á los múnstruos.

LUC. Basta! Basta!

MAF. ¿Quieres saber su nombre, Genaro?

LUC. Oh, no, no!

MAF. Quieres saber su nombre?

LUC. (Arrojándose de rodillas ante GENARO.) ¡Dí que no quieres, dí que no quieres!

MAF. (Extendiendo el brazo hácia ella.) Es Lucrecia Borgia.

GEN. (Rechazándola.) Qué horror!...

TODOS. Es Lucrecia Borgia!

LUCRECIA cae sin sentido á los piés de GENARO.

YUB. Tampoco es muy difícil. Enviadle con Astolfo el recado de que le esperais en palacio á la hora que se os antoje.

LUC. No se negará á venir?

YUB. Pues no ha de venir! Pero retiraos, porque si no me engaño viene con sus amigos hácia aquí.

LUC. ¿Siguen creyendo que eres el conde de Belverana?

YUB. Me creen español y que soy uno de sus mejores amigos. Hasta les presto dinero.

LUC. Para qué?

YUB. Pardiez, porque les hace falta.

LUC. Calla! Aquí están. No olvides nada de lo que te he dicho.

Entra en palacio por la pequeña puerta que hay debajo del balcon.

ESCENA II.

YUBETA solo.

¿Quién será Genaro y para qué diablos lo querrá? No me fia todos sus secretos, y precisamente éste excita mi curiosidad. Pues ya que no tiene confianza conmigo en esta ocasion, que se lo averigüe como pueda, que yo no pienso ayudarla. Es extraño este modo de querer á un hombre en la hija de Rodrigo Borgia y de la Vanozza, en una mujer por cuyas venas corre la sangre de la cortesana y la del Papa... ¡Lucrecia Borgia convertirse en amante platónica! De hoy en adelante ya no me asombraré de nada. (Pausa.) Ya están aquí los locos del Carnaval de Venecia; han tenido la peregrina ocurrencia de abandonar un pais neutral y libre para venir á Ferrara, despues de ofender mortalmente á la duquesa. Si yo estuviera en su lugar, no hubiera venido acompañando á los embajadores de Venecia, no me hubiera metido en la garganta del lobo.

ESCENA III.

Dicho, GENARO, MAFFEO, JACOBO, ASCANIO, APÓSTOLO y LUDOVICO.

Entran dichos señores sin ver á YUBETA, que para observarles se ha arrimado á uno de los pilares que sostienen el balcon. Hablan en voz baja é inquietos.

MAF. Ha sido una verdadera temeridad venir á Ferrara despues de haber ofendido á Lucrecia Borgia.

APÓST. No podíamos hacer otra cosa despues que nos designó el Senado, por-

que no hay medio de eludir las órdenes del serenísimo Senado de Venecia. Comprendo, sin embargo, que hemos venido á ponernos enfrente de una enemiga temible que gobierna despóticamente.

JAC. Qué daño puede causarnos? Ser-vimos á la República de Venecia, formamos parte de la embajada, y por lo tanto nuestras personas son sagradas é inviolables. Tocarnos un solo cabello seria declarar la guerra al Dux, y Ferrara no está en el caso de medir sus fuerzas con Venecia.

GEN. (En un rincón del teatro, sin tomar parte en la conversacion y abstraído.) (Madre de mi alma! Dónde la encontraré!)

MAF. Sin tocarnos un solo cabello de la cabeza pueden tendernos en la sepultura. Los Borgias poseen venenos que matan silenciosamente y mejor que el hacha y el puñal. Acuérdate de qué modo Alejandro VI hizo desaparecer del mundo al sultan Zizimi, hermano de Bayaceto.

LUD. Y á otros muchos.

APÓST. El lance del hermano de Bayaceto es curioso y siniestro. El Papa le persuadió que el rey de Francia le habia envenenado una noche que hicieron colacion juntos; Zizimi lo creyó, y recibió de las blancas manos de Lucrecia Borgia un supuesto contraveneno, que en el espacio de dos horas le mató.

JAC. Parece que ese bravo turco entendia poco de política.

MAF. Los Borgias poseen venenos que matan en un año ó en un dia, como ellos quieren; venenos infames, que hacen el vino más grato al paladar y que excitan á beber. Os creéis ébrio y estais muerto. Otras veces causan debilidad y languidez, hacen arrugar la piel y hundirse los ojos, convierten al jóven en decrepito, y despues de hacerle agonizar lentamente, le hacen morir en dia determinado. Entonces recuerdan los demás que hace seis meses ó un año, el hombre que acaba de morir bebió un vaso de Chipre en casa de un Borgia. (Señalando al foro de la plaza.) Precisamente, señores, ahí pasa Montefeltro, á quien quizá conocéis, y que está en el caso que acabo de indicar. Miradle.

Se vé pasar por el foro del teatro á un hombre con el cabello blanco, flaco, tembloroso y apoyado en un baston.

ASC. Pobre Montefeltro!

APÓST. Qué edad tiene?

MAF. Mi edad, veintinueve años.

LUD. El año pasado yo le ví jóven y fresco como vos.

MAF. Pero hace tres meses cenó con el Papa en su viña de Belvedere.

ASC. Eso es horrible!

MAF. Se cuentan lances extraños en esas cenas de los Borgias. ¡Ved qué desierta está esta plaza! El pueblo no se atreve á aventurarse como nosotros cerca del palacio ducal; teme que el vapor de los tósigos que en él se preparan transpire por las paredes y se derrame en la atmósfera.

ASC. Los embajadores se han presentado hoy al duque y han despachado su comision; nuestro encargo casi está terminado. La comitiva de la embajada se compone de cincuenta caballeros, y aunque nosotros desapareciéramos, nadie lo notaria. Creo que lo más prudente seria que saliéramos de Ferrara.

MAF. Cuanto más pronto mejor.

JAC. Mañana partiremos. Estoy convidado á cenar esta noche en casa de la princesa Negroni, de la que estoy enamorado ciegame, y no quisiera que creyera que huia por miedo la mujer más hermosa de Ferrara.

LUD. ¿Estais convidado á cenar en casa de la princesa de Negroni?

JAC. Sí.

LUD. Y yo tambien.

ASC. Y yo.

APÓST. Y yo.

MAF. Y yo.

YUB. (Saliendo y presentándose.) Y yo tambien, señores.

JAC. Aquí está el conde de Belverana. Pues bien, iremos todos juntos y pasaremos una noche divertida. ¿No es cierto, señor conde?

YUB. Mucho espero divertirme.

MAF. (Bajo á JACOBO.) (Si me creyérais no asistiríamos á la cena; el palacio Negroni está junto al del duque, y ese español me parece sumamente falso.)

JAC. (Bajo á MAFFEO.) (No tengais manías, Mafeo; la Negroni es una mujer preciosísima, de la que estoy enamorado; el conde de Belverana es un excelente hombre, y tengo los mejores informes de él y de su familia. Su padre y el mio estuvieron juntos en el sitio de Granada.)

MAF. (¿Quién os asegura que éste es hijo del que estubo con vuestro padre?)

JAC. (Si no te atreves á venir al convite no vengas.)

MAF. (Iré si vosotros vais.)

JAC. Nos acompañareis, Genaro?

ASC. No os ha convidado la Negroni?

GEN. No por cierto; creará que no siendo noble no puedo cenar con ella.

MAF. Entonces podrás acudir á alguna cita amorosa.

JAC. A propósito de amores; cuéntanos lo que te pasó con Lucrecia Borgia la noche del baile. Parece que está enamorada de tí, y por lo tanto te debió decir cosas muy halagüeñas, aprovechándose de la libertad que dan los bailes. Las mujeres se disfrazan el cuerpo para descubrir con osadía el alma; ya se sabe: cara tapada, corazón desnudo.

Desde hace unos instantes ha aparecido en el balcon LUCRECIA, abriendo un poco la celosía para escuchar mejor lo que hablan.

MAF. Lo cierto es que has venido á alojarte frente á frente de sus balcones.

APÓST. Pues eso es peligroso, porque se dice que el duque de Ferrara es muy celoso.

LUD. Decidnos á qué altura se hallan vuestros amores con Lucrecia Borgia.

GEN. Si volveis á hablarme de esa horrible mujer habrán de salir á relucir las espadas.

LUC. (Ay de mí!)

MAF. No te ofendas, Genaro; esto es una chanza, y, por otra parte, no debes extrañar que te hablemos de esa dama cuando vistes sus colores.

GEN. Qué estás diciendo?

MAF. Esa banda...

JAC. Es, efectivamente, de los colores de Lucrecia Borgia.

GEN. Me la ha regalado Fiameta.

MAF. Lo crees así? La que te la envió y la que te la bordó es Lucrecia Borgia.

GEN. Estás cierto? ¿Por dónde lo sabes?

MAF. Me lo ha dicho tu criado, que recibió la banda de sus manos y una buena cantidad.

GEN. Condenacion!

Se arranca la banda, la destroza y la patea.

LUC. (Ah!) (Cierra la celosía y se vá.)

MAF. Esa mujer es muy hermosa!

JAC. Sí, pero tiene no sé qué sello siniestro impreso en la fisonomía.

MAF. Es un ducado de oro que tiene grabada la efigie de Satanás.

GEN. Maldita sea Lucrecia Borgia! Decís que me ama? Pues bien; ese será su castigo, porque me causa horror. Esto es lo que sucede siempre: cuando una mujer nos ama, es preciso amarla ó aborrecerla; no nos puede ser indiferente; pero á esa mujer no es posible amarla. ¿Qué delito he cometido para que me ame Lucrecia Borgia! Desde la noche en que me la disteis á conocer de un modo tan terrible, no podeis imaginaros

cuánto odio á esa mujer malvada. Hasta entonces solo veía á Lucrecia Borgia de lejos, al través del espacio, como un fantasma terrible de pié sobre Italia, como el espectro del mundo. Pero ahora es mi propio espectro que no me deja respirar, que me persigue en todas partes, que me ama, que se sienta á la cabecera de mi lecho y que quiere acostarse á mi lado. Asesinó al duque de Gravina, asesinó á tu pobre hermano, Mafeo; pues bien, yo os vengaré á entrambos. Hé aquí el abominable palacio de la lujuria, de la traición, del asesinato y de todos los crímenes; hé aquí el palacio de Lucrecia Borgia. La marca de infamia que yo no puedo imprimir en la frente de esa mujer, la imprimiré en el escudo de armas de su palacio.

Sube sobre un banco de piedra que está debajo del balcón, y con la punta del puñal hace saltar la primera letra del nombre de BORGIA, de modo que queda la palabra siguiente: **ORGIA.**

MAF. Qué haces, Genaro?

JAC. Esa letra que has arrancado del apellido de Lucrecia, quizás haga que nos arranquen la cabeza de los hombres.

YUB. Por ese calembour quizá pongan en el tormento mañana á la mitad de la ciudad.

GEN. Si buscan al culpable, yo me presentaré.

YUB. (Me alegraría, para ver el gesto que hacia Lucrecia Borgia.)

Hace pocos momentos han entrado en la plaza **ASTOLFO** y **RUSTIGUELO**, vestidos de negro, que observan á los forasteros.

MAF. Fijaos en aquellos dos hombres, que nos examinan con curiosidad y cuyo aspecto es alarmante. Creo prudente que nos separemos. No cometas más locuras, Genaro.

GEN. Vete tranquilo, Mafeo. Deseo que os divirtais mucho esta noche.

Entra en su casa. Los caballeros desaparecen.

ESCENA IV.

ASTOLFO y **RUSTIGUELO** vestidos de negro.

ASTOLFO. Qué haces ahí, Rustiguelo?
RUSTIGUELO. Estoy esperando que te vayas, Astolfo.

AST. De veras?

RUST. Y tú qué haces aquí?

AST. También espero que te vayas.

RUST. A quién buscas, Astolfo?

AST. A un individuo que ha entrado en esa casa. Y tú á quién buscas?

RUST. Al mismo.

AST. Diablo!

RUST. Para qué le buscas?

AST. Para llevarle á la habitacion de la duquesa. Y tú?

RUST. Para llevarle á la habitacion del duque.

AST. Diablo!

RUST. ¿Qué es lo que le espera en el aposento de la duquesa?

AST. Presumo que el amor. ¿Y en el del duque?

RUST. Probablemente la horca.

AST. ¡Pues no sé cómo nos lo vamos á arreglar! No puede estar á la vez en el aposento del duque y en el de la duquesa, ni ser amante feliz y estar en la horca.

RUST. Aquí tengo un ducado. Juguémonos á cara ó á cruz el apoderarnos de ese hombre.

AST. Juguémonoslo.

RUST. Te prometo que si pierdo le diré al duque que he encontrado el nido sin el pájaro. Tira.

Arroja el ducado al aire.

AST. Cara.

RUST. (Mirando á tierra.) Pierdes; ha salido cruz.

AST. Ahorcarán á ese hombre, porque á tí te pertenece. Adios.

RUST. Buenas noches.

ASTOLFO desaparece y **RUSTIGUELO** abre la puerta que hay bajo el balcón, entra y vuelve á salir poco despues acompañado de cuatro esbirros, con los que vá á llamar á la puerta de la casa de **GENARO**. Cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Una sala en el palacio ducal de Ferrara, entapizada y amueblada como se estilaba en aquella época.—Un sillón forrado de terciopelo encarnado, que tiene bordadas las armas del duque, y al lado de una mesa cubierta con tapete de terciopelo del mismo color.—En medio una gran puerta, á la derecha una pequeña, á la izquierda otra igual á ésta, pero disimulada.

ESCENA PRIMERA.

DON ALFONSO, ricamente vestido. **RUSTIGUELO**, llevando los mismos colores que el duque, pero con traje de tela ordinaria.

RUST. Monseñor, he ejecutado vuestras órdenes y espero que me mandeis lo que queráis.

ALFONSO. Toma esta llave, vé á la galería de Numa, cuenta una por una

todas las divisiones de madera que cubren la pared, desde la hermosa figura pintada que representa á Hércules de Este, hijo de Júpiter y uno de mis antepasados: cuando llegues á la décimaquinta division, verás el agujero de una cerradura que está escondida en la boca de una serpiente de bronce. Mete la llave en el agujero y abre; la tabla dará vuelta sobre sus goznes como una puerta; te enseñará un armario secreto, y dentro de él encontrarás una salvilla de cristal, un frasco de oro y otro de plata y dos copas esmaltadas. En el frasco de plata hay agua clara; en el de oro, vino preparado; llévalo todo conforme está al gabinete inmediato á esta sala, y si alguna vez has visto algun hombre tiritar y sentir sudor frio oyendo hablar del famoso veneno de los Borgia, te guardarás muy bien de tocar el frasco de oro.

RUST. Qué más, monseñor?

ALF. Desnuda tu mejor espada y escóndete en el gabinete detrás de esa puerta, de modo que oigas todo lo que pase aquí y puedas entrar á la primera señal que yo haga con esta campanilla de plata, cuyo sonido ya conoces. (Señalándole la campanilla que está sobre la mesa.) Si sencillamente te llamo Rustiguelo, entrarás trayéndote la bandeja con las copas y con los frascos; y si te llamo sacudiendo la campanilla, entrarás con la espada desnuda.

RUST. Así lo haré.

ALF. Vete.

Váse **RUSTIGUELO** por la puerta pequeña; entra un ujier por la puerta del centro.

UJIER. La señora duquesa pide permiso para hablar á monseñor el duque.

ALF. Que entre.

ESCENA II.

DON ALFONSO y **LUCRECIA**.

LUC. (Entrando con impetu.) Vengo á pedir justicia, D. Alfonso, de una infamia que se acaba de cometer.—¿Lo sabéis ya, señor duque?—Acaban de mutilar el apellido de vuestra mujer, grabado bajo las armas de su familia y en la puerta de vuestro propio palacio. Ignoro quién ha sido el temerario que me ha injuriado de ese modo en pleno dia. ¡Y ese infame populacho que siempre me ha aborrecido llena toda la plaza, mofándose de mi deshonra! Puede leerse en sus feroces ojos que no tengo la vida segura, y que el que hoy me ha deshonrado, mañana

me asesinará. Preparaos á hacerme justicia: creed que yo estimo mucho el aprecio de los hombres, y que mi esposo no está dispensado de ser mi caballero; no, monseñor; el que se casa debe proteger á su esposa; el que le dá la mano, debe darle el brazo; cumplid, pues, con vuestro deber; cada dia recibo nuevas injurias, que veo que no os conmueven. ¿Creeis que el fango que á mí me cubra no os ha de salpicar, D. Alfonso? Si es cierto que me amais, como siempre me estais diciendo, debéis desear mi buena fama, y si estais celoso de mí, debéis manifestar celo por mi gloria. Si con mi dote he hecho crecer vuestros dominios patrimoniales; si os he aportado al matrimonio, no solo la Rosa de Oro y la bendicion de Roma, sino tambien los Estados de Siena, Rímni, Cesena, Espoleto y Piombino, más ciudades y ducados que castillos y baronías poseíais antes de ser mi esposo, esto es un motivo más que suficiente para que vuestros vasallos no me insulten y para que no me traten peor que á la más vil esclava. Os declaro, monseñor, que quiero que este crimen se castigue de un modo espantoso, y que si así no lo haceis, recurriré al Papa, recurriré al duque de Valentinois, que se encuentra en Forli al frente de quince mil hombres puestos en pié de guerra, y estoy segura de que no me desamparán.

ALF. El crimen de que os quejais ya ha llegado á mi noticia.

LUC. ¡Lo sabéis, monseñor, y aun no habeis descubierto al criminal!

ALF. Lo he descubierto ya.

LUC. ¡Si lo habeis descubierto, estará ya preso!

ALF. Está ya en mi poder.

LUC. ¿Cómo es que no le habeis castigado aun?

ALF. Pronto recibirá el castigo. He querido consultaros antes de castigarle.

LUC. Habeis hecho bien, monseñor. Dónde está?

ALF. Aquí.

LUC. Tanto mejor. Es preciso hacer un escarmiento. Se trata de un delito de lesa majestad, y esta clase de delitos cuestan siempre la cabeza á los que los aconsejan y á los que los ejecutan. Quisiera verle.

ALF. Pues es fácil. Bautista! (El ujier aparece.)

LUC. Oid dos palabras antes de que traigan al culpable. Dadme vuestra palabra de duque soberano de que ese hombre, sea quien fuere, vasallo, criado,